

EL SEXO, LA MUERTE Y CAPERUCITA ROJA

Raúl Argemí



Al Fondo a la Derecha

El sexo, la muerte y Caperucita Roja

Raúl Argemí

Colección Imaginerías

La editorial y sus autores reciben
mensajes de texto de los lectores
a través de Whatsapp al
54 911 25677388

El sexo, la muerte y Caperucita Roja

Raúl Argemí

El sexo, la muerte y Caperucita Roja / Raúl Argemí. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Daniel Adolfo Sorín, 2021.

Libro digital, EPUB Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-9808-3

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título. CDD A863

© 2021, Al Fondo a la Derecha Ediciones

José Cubas 3471 (C1419), Buenos Aires, Argentina.

www.alfondoaladerecha.com.ar

© 2021, Raúl Argemí

Diseño de tapa e interior:

Al Fondo a la Derecha Ediciones

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Prólogo

Los escritores y los relatos escritos son un invento reciente, si consideramos que fueron precedidos por miles de años de narraciones orales. Cuentos que siempre tuvieron un mismo sentido, educar en determinada dirección, advertir de los peligros que aguardan en el camino del humano, al tiempo que entretener, que fueran una forma de diversión.

También es reciente, contando en calendarios completos, suponer que algunos de esos relatos son “para los niños”, al menos en el sentido de preservarles la inocencia. En rigor, siempre fueron destinados a quienes no conocían las normas a las que debían ajustarse; la edad es lo de menos. Con lo que el sentido último de un cuento poco ha cambiado. Puede sonar perverso que las narraciones de entretenimiento fueran el camino para educar con historias que incluían el horror o la muerte; pero se entiende, porque el tema más concurrido era domar la sexualidad. Los escritores y los relatos escritos son cosa reciente, pero el sexo no, y la muerte tampoco. Están allí, construyéndose el uno al otro desde la oscuridad de los tiempos.

Y, se me ocurre, cuando estoy escribiendo este prólogo, que ninguno de los relatos, incluyendo los que se están escribiendo ahora mismo, han perdido su identidad y

objetivo original, moralizar. Tal vez en el futuro, dentro de varios siglos, pueda ser de otra manera, ayer y hoy son lo que son.

“Hansel y Gretel”, “Caperucita Roja” y “Blancanieves” concentraron mi atención porque fueron muchas veces narrados a la manera y las necesidades del momento, atenuando cada vez más la brutalidad de sus orígenes. Tantas veces fueron reescritos, que me decidieron a sumarme a la larga fila de sus narradores. Además, en esos tres podemos encontrar una representación de casi todos los existentes.

Como escritor de este tiempo no me reconozco en el papel de moralista, pero ese es mi problema, no el del lector. Si el lector encuentra en los relatos de esta trilogía un mensaje, un afán educativo o moralizante, será porque seguramente está allí. Pero, preferiría que no me lo cuente.

Raúl Argemí, Buenos Aires, 2015.

La verdadera historia de Gretel y su hermano

Por las banderolas, andrajosas, tiznadas de viejos humos y lamparones de grasa y sangre igualmente viejos supieron que eran soldados mercenarios de los suecos. Cuestión de costumbre, porque al fin y al cabo los ejércitos eran muchos, las razones para continuar esa guerra interminable, confusas, y la práctica, en lo que a ellos concernía, la misma: saquear, arramblar con lo que el terreno pudiera proveer para comer un día más. Y el terreno eran ellos, los campesinos del devastado Sacro Imperio Romano Germánico.

Padre y Madre vieron alejarse la mesnada, disputando unos con otros los pocos nabos que habían encontrado en su cabaña; mal pelándolos a puñal para masticarlos crudos, como jabalíes del bosque.

Madre y Padre cruzaron una mirada que no necesitaba de palabras y salieron arrastrándose de su escondrijo bajo la parva de pasto medio podrido, el sitio donde los

saqueadores, ya fueran de un bando o de otro, que daba igual, nunca buscaban.

En su rabia por no poder apaciguar el hambre que mordía como un perro rabioso, porque el botín era menos que magro, los mercenarios suecos habían dado fuego al techado de la cabaña.

Pero bien fuera por descuido, porque la lluvia había impregnado la paja, o por cansancio de hacer siempre lo mismo, cuando se perdían en el bosque ya no había llamas; solo unas hilas de humo que podrían apagar si se movían rápido.

A Madre le costó un esfuerzo extra apalear la paja, mientras Padre trepaba a una escalera de palos mal avenidos para quemarse los dedos arrancando y echando al suelo puñados humeantes. La barriga de Madre, preñada, no era un obstáculo insuperable para una mujer acostumbrada a todo; una mujer joven que ya había perdido los dientes. Tan joven y tan gastada como cualquiera que hubiera nacido, como ella y Padre, cuando la guerra se había convertido en una presencia tan constante, impenetrable y devastadora como la convicción de que Dios, desde su trono, miraba, veía y aceptaba.

Padre arrojó la escalera a un lado y entraron en la choza. Todo estaba descalabrado, pero no mucho más que de costumbre, y el capazo de los nabos tumbado boca abajo y vacío.

Los nabos habían sido pocos para los soldados, pero para ellos eran casi todo.

—Buscando mucho, tal vez queden algunos en el campo —dijo Padre.

—Buscando mucho —ratificó Madre—. Pero no alcanzarán, y moriremos de hambre.

Padre enderezó el capazo de una patada sin poder evitar que una mirada de odio se clavara en la panza de Madre.

—Nacerá muerto, o harás lo que hay que hacer —dijo ella, con un rictus de dureza—. El problema son ellos. Comen demasiado.

—Hansel y Gretel —murmuró Padre.

—Para nosotros nunca habrá tiempos mejores. Dios así lo quiere —afirmó Madre.

—Nunca habrá...

—Que Dios haga justicia.

—¿Cómo?

—Los llevarás al corazón del bosque, lejos; y volverás solo.

Padre lo pensó un momento y luego asintió:

—Con los lobos sufrirán menos que con el hambre.

—Y tal vez nosotros... podamos encontrar algunos nabos, buscando mucho —dijo Madre, inclinándose con un quejido para comenzar a ordenar un poco la choza.

Padre salió al exterior, se metió dos dedos en la boca y lanzó un largo silbido. Por un momento todo siguió sin cambios. El sol del final del otoño calentando apenas el campo labrado, las ramas altas de los árboles del bosque que se movían en la brisa como un cerco de manos que amenazaran caer sobre ese lunar en el monte, sobre esa isla como otras islas de tierra y choza que marcaban la presencia humana. Luego hubo un movimiento donde comenzaban los pastos altos; Hansel y Gretel dejaron su refugio para volver a casa, al único sitio seguro que conocían, sin saber que ya la decisión había sido tomada. Al día siguiente serían abandonados a su suerte.

• • •

Habían caminado desde el amanecer, luego de aplazar el hambre con un fermento de granos y bayas, un caldo avinagrado y frío con unos pocos grados de alcohol. Siempre hacia el interior del bosque y cada vez más lejos de su casa.

Padre había sido escueto. Se hablaba poco. Para lo que servía era más que suficiente. Padre había dicho que necesitaba su ayuda para traer algo de comida desde una aldea donde tenía amigos, o parientes. Daba igual, lo importante era la comida.

A media mañana pisaban los restos carbonizados de lo que había sido un poblado, tal vez feliz, quizás convencido de estar a salvo de la guerra. La hierba asomaba del suelo ennegrecido y no había muertos a la vista. El desastre los había alcanzado hacía ya varios meses y los sobrevivientes se habían marchado luego de enterrar en algún sitio a sus muertos. Gretel miró a Hansel y como siempre se

entendieron: Padre no parecía sorprendido ni disgustado. Como si eso fuera lo que había esperado encontrar.

Entre los restos del poblado no había nada que se pudiera comer, y siguieron adelante.

Con el sol alto asomaron a otro caserío, donde los recibieron con piedras y tuvieron que volver a internarse entre los árboles. Padre hizo un gesto, como si se hubiera equivocado de camino, y siguieron adelante. Hansel miró a Gretel y la pregunta quedó en el aire: ¿Cuándo llegarían a destino? ¿Cuál era el destino?

Por la tarde tuvieron que dar un rodeo porque un jabalí macho, de colmillos desafiantes y mirada maligna, que rebuscaba entre unos huesos desparramados entre harapos, se negó a huir, a darles paso. Fue un poco más adelante, en un sitio donde el sendero se diluía en el monte bajo, que Padre decidió un descanso. Y dijo:

—Me esperarán aquí. No quiero que nos reciban con piedras. Regresaré pronto.

Dio la vuelta y se perdió en el monte. Pero antes de desaparecer tuvo un gesto de contradicción y desprendió de su cintura un pequeño saco con bellotas tostadas al rescoldo, que les dejó como si se despidiera.

Gretel se sentó al pie de una encina, desató sus trenzas y con un peine de espinas que llevaba en su bolsa se entregó a la costumbre diaria de arrastrar los piojos. Los tomaba uno a uno y los triturbaba entre los dientes.

Hansel, pese al cansancio, no podía quedarse quieto, y comenzó la búsqueda en círculos cuyo centro era la

hermana; los ojos ávidos escrutando el suelo y las ramas. Tal vez alguna seta, tal vez alguna baya hubiera sobrevivido al final del verano.

Y así llegó la noche. Con los movimientos y las carreras sigilosas de las fieras en el bosque. Y el miedo.

No tenían con qué hacer fuego pero buscaron un árbol que les diera altura. Padre ya no volvería. Si no había muerto, igual ya no volvería. No valía la pena ni decirlo en voz alta.

En lo alto de una horqueta, con una rama larga, desgajada y con punta que pudiera herir a mano, Hansel se instaló para pasar la noche. La cabeza refugiada en las faldas de Gretel. Gretel, que tenía un perfume, un llamado de mujer en ciernes, un olor que lo turbaba.

Hubiera sido difícil aventurar cuántos años tenían. Los mellizos habían sobrevivido porque la guerra a veces parecía descansar un corto tiempo. Habían nacido en un momento de relativa bonanza.

Era difícil saberlo en una época de rigor que amojamaba los cuerpos y derrotaba el alma, convirtiendo en viejos a los jóvenes, pero los pechos flacos, los pezones en punta que empujaban el vestido de Gretel, y las urgencias de Hansel decían que en otras circunstancias habrían sido adolescentes.

Durmieron a saltos. Durante un tiempo interminable se mantuvieron alerta porque el fósforo verde de los ojos de un lobo solitario rondaba por debajo. A Hansel la rama afilada le temblaba en la mano.